



# **Crónica de un desayuno perfecto**

**Rosa María Arjona Calvo**

La erótica de la comida no está en lo que comemos,  
sino con quién... y un buen aliño de imaginación.

*No sólo de pan vive el hombre.  
De vez en cuando necesita un trago.*  
Woody Allen.

---

## **Viernes: hambre.**

**M**i novia acaba de dejarme. Cuatro años viviendo juntos y de la noche a la mañana me dice que se va, que se ha enamorado de Tomás, que no es culpa de nadie, que soy un tío estupendo y todas esas sandeces que se dicen cuando uno se porta como un gusano. He de reconocer que he disfrutado observando sus esfuerzos por encontrar las palabras justas, la manera en que se retorció las manos y sus lágrimas de cocodrilo. A nadie le gusta que le pongan los cuernos. Aunque, pensándolo bien, mi amigo me ha hecho un gran favor. Hacía tiempo que me planteaba terminar mi relación con Sonia. No hay nada como tener amigos.

Cuando Tomás me confesó esta mañana que se había liado con mi novia no sabía si darle un beso o un abrazo. Opté por lo último para que no se notase demasiado mi agradecimiento. Mi amigo-gusano lo tomó como un gesto de perdón y se echó a llorar. Pobre Tomás, qué pena me dio. Estuve a punto de decirle la verdad. Pero me callé y dejé que llorara en mis brazos como un nenaza. A nadie le gusta que le pongan los cuernos.

Lo que más me molesta es tener que cenar solo. Los viernes disfruto cocinando algo especial y abriendo una botella de un buen vino. Para mí, comer no es una necesidad sino un placer que despierta todos mis sentidos, un deleite de sabores, texturas y aromas que me gusta disfrutar en compañía. Siempre digo que comer solo es como no tener a nadie con quién bailar en una fiesta. Estoy seguro de que Sonia, la muy golfa, me ha dejado hoy para aguarne la cena. Qué se puede esperar de alguien que está continuamente a dieta. Ha sido su venganza postrera. Siempre le molestó mis goces culinarios, mis exhibiciones de placer ante un buen plato. Apuesto a que era porque se me notaba demasiado que gozaba más con unas buenas lentejas en la mesa que con ella en la cama.

## **Sábado: poner la mesa.**

Ayer Sonia me quitó las ganas de cocinar el lenguado, con lo que me costó el hijo de su madre. Lo iba a hacer como a ella le gusta, a la plancha y con ensalada. Porque ella lo come todo a la plancha y con ensalada. A veces sólo ensalada. Bueno, cuando come porque la mayoría del tiempo se alimenta de agua. Se pasa todo el día bebiendo agua. No bebe cerveza porque engorda, ni vino porque no le gusta, una verdadera aberración. Pero luego bien que se pone

---

---

hasta el culo de cubatas cuando sale por ahí. No sé cómo un gourmet como yo ha podido convivir tantos años con una mujer que es más insípida que una lechuga sin aliñar. Porque la vida con Sonia es pura abstinencia. En todos los sentidos, Tomás, jódete.

Así que ayer para matar el gusanillo del frustrado festín del viernes me preparé unas rápidas tostadas, eso sí, untadas con auténtico foie de pato, y abrí una botella de tinto que le va que ni pintado a los patés. La ocasión bien lo merecía: me había librado de Sonia gracias al cabrón de Tomás. Dos buenos pájaros de un tiro.

Estaba de pie junto a la ventana saboreando el delicioso cuerpo de un ribera cuando me fijé en la vecina de enfrente por primera vez. Se hallaba en la cocina echando en un tazón agua humeante y un sobre de sopa instantánea. Tenía el pelo recogido hábilmente con un palillo chino, llevaba gafas y una bata beige. Segundos después, se acercó pensativa a la ventana removiendo aquel pecado culinario. Su aspecto era el de una triste y solitaria patata asada sin filete. De pronto, alzó los ojos y me pilló observándola. Mi primera intención fue retirarme con disimulo, pero le eché cara y levanté la copa a su salud con una seductora sonrisa. Al fin y al cabo, soy un tío libre. Ella me sostuvo la mirada muy seria durante unos segundos. Y bajó la persiana de golpe. Apostaría a que a ella también le han puesto los cuernos. Seguro.

Cuento esto mientras degusto el lenguado que no me comí ayer con abundante salsa alioli que me sale de puta madre y que Sonia rechazaba con horror. Qué se puede esperar de alguien que no tiene sangre en las venas sino agua. Estoy sentado en la mesa de la cocina que he colocado estratégicamente bajo la ventana. No suelo cenar aquí, pero hoy la cocina me parece mucho más acogedora que el salón. Las luces de mi vecina están apagadas pero sé que está ahí, en las sombras, observando cómo disfruto de mi exquisita cena. Lo sé porque he visto la tenue luz azulada del frigorífico al abrirse un par de veces. Está ahí, la siento. No hay nada como cenar en compañía.

### **Domingo: servir el vino.**

He salido a comer con Tomás. Ha insistido tanto que no he podido negarme. Bueno, también porque sentía una morbosa curiosidad por saber si Sonia ha empezado a matarle de hambre. Le he llevado adrede a la Abacería de

---

---

San Lorenzo, auténtica tentación gastronómica, y por la forma en que ha engullido la morcilla de hígado o el menudo con tos sus avíos he podido comprobar, con gran satisfacción, que mis sospechas eran acertadas. Pobre hombre, no tiene ni idea de lo que aún le queda por pasar.

Después de beberse casi él sólo dos botellas de rioja como si fuera agua, entre hipos y sollozos me ha confesado que hacía más de tres meses que se tiraba a mi novia. El muy cabrón. Y encima dice que tenía que confesármelo porque no podía vivir con el remordimiento. Hay que joderse, ni que yo fuera un cura. Según hablaba me han entrado ganas de darle una patada en los huevos. Pero no le he dado ese gusto. A duras penas me he podido contener para escuchar con cara de póquer su etílico arrepentimiento. Con la tercera botella no hacía más que pedirme que le diera una hostia. Ya digo, el hijo de puta se ha creído que en vez de un cornudo soy el cura de su pueblo. “Ya te la daré otro día”, le he dicho, “hoy no tengo tiempo, me esperan para cenar”. “¿Quién?”, me ha preguntado con la voz gangosa. “Mi vecina de enfrente, un verdadero bombón”. Se le pusieron ojos de besugo. “Ramón, por favor, déme una botella de ese oloroso tan bueno de la casa y un cuarto de jamón ibérico para llevar. No veas, tío, cómo le pone a mi Patatita este oloroso”. “¿Te acuestas con ella?”. “Pues, a decir verdad, sí. Desde hace casi un año. Pero, escucha, no se lo digas a Sonia. Ella creía que le era fiel. Entre tú y yo, no sabes el favor que me has hecho, tío. Porque si se llega a enterar de lo mío con la vecina-bombón de seguro me la corta. ¡Sabré yo cómo se las gasta esa cuando se enfada...!”

Me he despedido de Tomás con un “te debo una, machote” y un efusivo cachete en su jeta de cerdo que le ha tenido que doler. Como penitencia le he dejado la cuenta de la comida. Y la del oloroso y el jamón que me he llevado por la cara. A ver si así se le quitan las ganas de volver a confesarse conmigo.

Me he echado un rato a descansar en el sofá. Necesitaba digerir con calma eso de que Sonia me la ha estado dando con mi mejor amigo durante meses. Hay que ver lo gilipollas que uno puede llegar a ser sin que se dé uno cuenta. Me acabo de despertar y veo que está anocheciendo. Me atuso el pelo mientras me dirijo a la cocina como quien acude a una cita con alguien que acaba de conocer. Allí está ella, comiéndose un sándwich apoyada en la encimera. Hoy no lleva puestas las gafas aunque mantiene el pelo recogido con un palillo. Tampoco lleva la bata beige sino un ajustado chándal negro. Vaya, no está nada mal. Mi guapa vecina no sabe que hoy he recobrado mi honor

---

---

gracias a ella. Así que levanto la botella de oloroso como un trofeo y la sonrío de oreja a oreja. Ella me mira de reojo unos instantes, luego coge una cerveza, arrima la mesa a la ventana como yo la tengo y se sienta a comer. Yo me hago rápidamente un bocadillo con el jamón pagado por Tomás, me echo una copa y brindo sin dejar de sonreír. Ella alza el botellín tímidamente, me sonrío y bebo. Se me ha puesto la carne de gallina. Me siento como un adolescente en su primer baile. No hay nada como comer en buena compañía.

### **Lunes: aperitivos fríos.**

Me temo que hoy la he cagado. Un asunto con un cliente muy importante me ha llevado demasiado tiempo en la oficina. Cuando lo hemos cerrado, mi jefe nos ha invitado a cenar en el Cortijo Torreparedernes. La cena ha sido exquisita, lo mejor de lo mejor. Pero aunque parezca mentira no la he disfrutado tanto como el bocadillo de ayer compartido con ella. Sé que es absurdo, pero durante toda la cena me he sentido como si la estuviera dando plantón. Al abrir la puerta de casa el reloj del salón daba las doce. Pese a la hora, me he acercado a la ventana de la cocina con una pizca de esperanza. La luz estaba apagada. Cuando me daba media vuelta percibí un luminoso destello y me volví. El corazón me dio un vuelco. Allí estaba, con el palillo en el pelo y la púdica bata beige. Pero esta vez desabrochada dejando entrever un camisón de satén rojo, atrayente y tentador como un pecado. Tragué saliva. Hice un leve saludo con la mano esperando que ella me lo devolviera, pero ni siquiera me miró. Echó leche en un vaso, bebió un sorbo como si yo no existiera y volvió a apagar la luz.

### **Martes: aperitivos calientes.**

He salido corriendo del trabajo para llegar puntual a casa. Hoy no quiero fastidiarla. Cojo del frigorífico una excelente botella de vino rosado que guardaba para una buena ocasión, lo que queda del jamón ibérico que pagó Tomás y un aguacate en su punto. Me sirvo una copa y cojo unas anchoas del cantábrico que están diciendo cómeme. Me encantan los aguacates cortados en láminas con anchoas por encima. Sin dejar de mirar hacia su ventana preparo la ensalada, la rocío con un poco de aceite de oliva extra y cuando estoy echando el vinagre de Módena, ella aparece. Lleva pantalones vaqueros, una sencilla camiseta y el pelo recogido en una coleta. Está muy guapa. Sonrío mirando de soslayo a la botella que sostengo en la mano como un lelo. Entonces, me doy

---

---

cuenta del desastre y con una cucharilla retiro como puedo el exceso de vinagre que anega la fuente. Sin poder apartar mis ojos de ella, meto la botella de vino en una cubitera con agua y hielo, y me siento a la mesa que tenía puesta desde la mañana. Ella corta un tomate, echa por encima trozos de queso fresco, atún, huevo duro, aceitunas negras y la aliña con cuidado. La verdad es que tiene una pinta estupenda. De pronto, sale de la cocina. ¿Adónde va?... Suspiro aliviado cuando la veo regresar con un jarrón de claveles rojos que coloca sobre la mesa. Esto sí que no me lo esperaba. Me acuerdo de mi abuela e improviso. Voy al frigorífico, cojo del cajón de las verduras un ramillete de perejil, lo meto en un vaso con agua y lo planto sobre la mesa con un gesto de satisfacción. Mi abuela siempre decía que nunca ha de faltar perejil fresco en la cocina. Qué razón tenía. Mi vecina ríe divertida. Su risa me hace sentir francamente bien. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Mientras cenamos en compañía, me pregunto si el corazón le estará latiendo tan fuerte como a mí.

### **Miércoles: primer plato.**

Hoy hemos entrado los dos a la vez en nuestras respectivas cocinas. Ha sido genial, igual que si hubiésemos quedado. Nos hemos sonreído, saludado con la mano como dos tímidos adolescentes y abierto a la vez el frigorífico sin saber qué hacer. Así que, me lanzo y tomo las riendas. Esta noche vamos a cocinar juntos. Cojo un par de huevos y se los muestro. Ella coge otros dos de su nevera. A partir de ahí, mi vecina hace todo cuanto le indico. Pelamos una patata, la cortamos en rodajas finas y las ponemos a freír a fuego moderado. Me sirvo una copita de fino mientras cocino, como suelo hacer, y se la muestro. Espero que ella se ponga una cerveza como siempre, pero me sorprende sirviéndose una copa de oloroso. Soy un adivino. Bien que le dije a Tomás que le gustaba, aunque aún no lo supiera. Brindamos y seguimos con lo nuestro. Comprobamos que las patatas están hechas y las regamos con un chorrito de nuestros respectivos vinos. Cascamos los huevos, los echamos sobre las patatas y los rompemos un poco. Corto tiritas de jamón y se lo echo por encima. Mi vecina se para perpleja. Luego, corre hacia el frigorífico y me muestra dos rodajas de chorizo con gesto dubitativo. Cómo me pone que improvise. Afirmo con la cabeza y ella los echa sobre los huevos con gesto divertido. Y ya está. Hoy cenamos huevos rotos.

Ella aplaude entusiasmada al ver el resultado final. Nos sentamos frente a frente y, sin dejar de mirarnos, nos los comemos de la misma sartén con

---

---

verdadera ansia, mojando pan a tope, entre risas y gestos de placer. Desde luego, no hay manjar más exquisito que unos sencillos huevos fritos compartidos en buena compañía.

### **Jueves: plato fuerte.**

Esta mañana me ha llamado al trabajo Sonia-la-golfa. “¡Eres un cerdo!”, me ha dicho a modo de saludo. Vaya, por fin mi amigo-gusano le ha contado el cuento de mi infidelidad. Ya era hora. Llegué a pensar que nunca se lo diría. Siempre ha sido un poco nenaza. “Hola Sonia, ¿cómo te va?”, le he dicho con total indiferencia. “¡Una rata asquerosa!”. Prometía ser una conversación de lo más divertida. “¿Y Tomás, cómo está?”. “¡Un verdadero cabrón!”. Después de los insultos vendrían los reproches y luego se echaría a llorar haciéndose la víctima. Y vuelta a empezar. Como una pescadilla que se muerde la cola. La conozco muy bien. Demasiadas veces he tenido que catar de ese melón indigesto. Había que tirarlo de una vez a la basura. “Perdona, Sonia, pero ahora no tengo tiempo para hablar contigo. Ni ahora ni nunca. Recuerdos al machote”. Y la he colgado. Es increíble lo a gusto que me he quedado. Igual que si me acabara de comer un langostino XXL.

No he dejado de pensar en mi vecina. Ni siquiera cuando estaba hablando con Sonia. Estoy seguro de que ha sido ella quien me ha dado el valor para mandarla a la mierda de una vez por todas. Y ni siquiera sé cómo se llama. El juego que me traigo con ella es divertido, pero creo que ha llegado el momento de presentarnos como es debido. Esta noche voy a cocinar algo especial y a invitarla a cenar en mi casa. Miro hacia su ventana mientras preparo unos deliciosos canapés. Tiene las persianas bajadas. Supongo que aún no ha llegado. Mejor así. Tendré tiempo de meter al horno el solomillo de cerdo con nata y queso. Pongo la mesa con esmero y enciendo un par de velas. Por enésima vez miro hacia su ventana con creciente inquietud. Son algo más de las once y las persianas siguen bajadas. ¿Y si esta noche ha salido? ¿Y si ha conocido a alguien a quien echarle el diente? A alguien de verdad, no como yo. Empiezo a sentirme como una tapa gratuita de olivas machacadas...

Las persianas se levantan. El corazón me da un vuelco cuando la veo. Parece una diosa con ese vestido rojo y el pelo suelto de pie junto a la mesa con flores, velas y fuentes de comida de todo tipo. Un verdadero festín. Comprendo aliviado por qué ha tardado tanto en aparecer. Los dos hemos tenido la misma

---

---

idea de agasajarnos el uno al otro. Casi se me saltan las lágrimas de la emoción mientras ella ríe divertida. No puede haber más complicidad entre un hombre y una mujer que apenas se conocen. Estamos hechos el uno para el otro, lo sé. Como el pan y la nocilla. Se sienta y espera a que yo lo haga para empezar a comer, despacio, paladeando cada bocado que da sin dejar de mirarme. Yo sigo el juego una vez más con verdadero apetito, cada vez más hambriento...

El reloj del salón da las doce. De pronto, se levanta y va hacia la puerta de la cocina. Antes de salir, se gira y durante unos segundos me dedica una enigmática mirada. Y desaparece...

### **Viernes: el postre.**

Sigo pegado al cristal de la ventana, inquieto y frustrado como una langosta en una pecera de un restaurante. Alguien llama a la puerta. Me hago el sordo. Por nada del mundo me movería de aquí. Ella va a volver. Tiene que volver. ¿Dónde se ha metido? El timbre suena de nuevo. “¡No estoy!”, grito. No miento. Ahora mismo cada célula, cada glándula, cada órgano de mi cuerpo está únicamente pendiente de ella. Vuelven a llamar con insistencia. “Como sea Tomás le mató”, bufo mientras avanzo por el pasillo como un toro de Mihura. “¡Juro que esta vez le mato!”. Abro la puerta con muy mal yogur y me quedo petrificado como una estatua de sal.

Es ella...

Su perfume de vainilla llega hasta mi fina pituitaria y sin darme cuenta empiezo a salivar como el perro de Pavlov. En una mano trae un plato de fresas y en la otra un bote de nata montada. Me los muestra con una pícaro sonrisa. “¿Te gustan las fresas con nata?”. Su voz se desliza por mis oídos como un hilillo de chocolate dulce y caliente. “Me...me encantan”, tartamudeo como un memo agarrado a la puerta como si fuera a caerse. “Este postre va muy bien con cava”, me dice. “Apuesto a que alguien como tú siempre tiene cava muy frío en la nevera”. Siento una ola de sudor corriendo por la espalda. “En realidad”, le digo, “es lo único que ahora mismo tengo muy frío...”. Ella sonrío roja como un tomate. “Soy Magdalena”, dice con un punto de inusitada timidez. Magdalena. Tenía que llamarse Magdalena. Es el destino. “Yo me llamo Pascual”, le digo tragando saliva, “...como la leche”, añadido como un gilipollas. ¿En qué estaré pensando? No es momento de hacer chistes malos. Mi cara se enrojece como un

---



---

cangrejo en agua hirviendo. Ella me mira con sus ojos de menta, brillantes y embriagadores como dos mojitos en una noche de verano, se me acerca despacio acortando distancias, y me susurra al oído: “Será el desayuno perfecto...”

---